

grandes reuniones de quinientas personas, ó bien las veladas de confianza, en las que se admiten quince ó veinte amigos, lo que es todavía más difícil, porque es preciso no faltar á nadie y recibir solo á los elegidos.

Quitando un tabique, mi salon y mi dormitorio no formaban mas que uno, y la ventana que estaba en el ángulo figuraba perfectamente el balcon. Aquella ventana, que aparecia como la entrada del aposento, estaba tapizada con yedras, jazmines y madreselva.

Esta ventana estaba iluminada por reflejos invisibles figurando los rayos de la luna, que partian del techo de mi cama, oculta por multitud de naranjos.

En el jardin se habia levantado un tablado, lo que me permitia estar de pié y apoyarme en el balaustre tapizado con enredaderas, lo que le daba la apariencia de un balcon.

A las siete me llevaron un precioso traje de Julieta, cuyo modelo lo habia hecho Isabey; era un obsequio de Teresa, porque ella mejor que nadie sabia los colores y el córte que iban bien á mi cuerpo y á mi cútis.

La cita era para las ocho.

No conocia á nadie en Paris; de modo que Barrás y Tallien habian convidado por mí.

Entre los convidados recuerdo á Ducis, quien veintitres años antes habia hecho una traduccion de Romeo y Julieta, si puede llamarse imitacion al débil bosquejo de sublimes y magníficos cuadros.

A las ocho en punto anunciaron al ciudadano Talma.

Al entrar en el salon arrojó el manto en que estaba envuelto y apareció en su traje de Romeo, copiado del libro veneciano dibujado por el sobrino del Ticiano.

Aunque no de alta estatura y ya un poco grueso para representar el personaje de Romeo, no por eso le sentaba mal el traje.

Barrás y Tallien habian tenido especial cuidado en que se encontrarán en su sociedad acostumbrada Chénier, Arnault, Lejouvé, Lemercier, la señora de Staél, Benjamin Constant, Trenis y muchos más que yo no conocia, pero que se conocian entre ellos.

Encargué á Teresa que hiciera los honores en el salon.

Para vestirme tenia á la camarera del teatro, la que vestia á la señorita Mars y Rancourt.

Ambas me aguardaban en un gabinete inmediato á mi dormitorio.

La puerta de comunicacion entre el salon y el dormitorio, es decir, entre el teatro y el escenario, estaba cubierta con una colgadura de terciopelo encarnado, que se descorría por los lados como las colgaduras de cama ó de ventana.

Cuando concluí de vestirme bajé por el jardin y subí al tablado.

Hacia una noche de verano; me deslumbré al reconocer con la vista el interior de mi cuarto y verlo convertido en un verdadero jardin.

Dispénsame, Jacobo, si me detengo en estos detalles; pero al llegar al punto de confesar una inmensa falta, preciso es que busque en lo que me rodeaba la disculpa de mi flaqueza.

Una especie de tienda unida á la casa figuraba mi cuarto, pintado como en el siglo xvi. La ventana fué sustituida por una ogiva, que se adaptaba perfectamente.

Cuando llegué estaba cerrada, pero preparada para abrirse por el lado del tablado en donde me encontraba, es decir, por el opuesto que diariamente se abria.

Por los cristales pintados ví entrar á Talma. Se detuvo un momento no sabiendo en dónde poner el pié, porque el suelo estaba alfombrado con flores.

Despues adelantó hácia el balcon.

Una mano invisible dió tres golpes.

Las colgaduras de la puerta se abrieron.

Todos los espectadores lanzaron un grito de asombro, porque nadie esperaba la preciosa decoracion que presentaba mi cuarto, alumbrado por dentro y sembrado de madreselva y jazmines.

Aquel grito se tornó en aplauso.

Todos callaron para escuchar á Talma.

Lo mismo que en su traje habia puesto el grande artista todo su esmero, así empleó toda la mágia de su voz.

Empezó pues en inglés, diciendo:

«¿Qué repentina claridad ilumina esa ventana? ¿Es el amor, ó tú, hermosa Julieta, que apareces ángel rubio y sonrosado que hace palidecer á Febo?»

Y Talma continuó hasta que abrí la ventana en medio de un torrente de aplausos prodigados á Talma y que redoblaron al verme.

Solo una palabra tenia que contestar.

«¡Ay!»

Y Talma continuó.

«¡Ha hablado! Cállate, inquieta brisa, deja llegar á mí la voz de mi Julieta, mensajero brillante con palabras de miel, que de parte de Dios descende desde el cielo y pasa más brillante á través de ese nube que pasa el relámpago soberano, poder de la tempestad.»

Toda esta escena prosiguió con sin igual animacion, hasta el momento en que Julieta se retira diciendo:

«Buena noche, buena noche; y si vuelvo á llamarte, sé en la hora cruel más valiente que yo; no te vuelvas atrás para hablarme de amor, ó te diré adios hasta que llegue el alba:

Y contesta Romeo:

«Que en tí se pose el sueño más suavemente que se posa en la noche la abeja sobre la rosa.»

Las cortinas se cerraron, pero los gritos de ¡Romeo! ¡Julieta! resonaron en medio de los aplausos, llamándonos á la escena como á los grandes actores cuando impresionan al público.

Me dejé dominar por la embriaguez del triunfo.

Ya no era Eva, ya no era la señorita de Charelet, era Julieta: las palabras de Shakespeare me habian comunicado el vértigo del amor y del triunfo.

No hubo un hombre que no deseara besarme la mano, ni una mujer que no deseara abrazarme.

En medio de esta ovacion se abrieron las dos hojas de la puerta, y el mayordomo gritó.

—¡La cena está servida!

Tomé el brazo de Talma: era lo ménos que podia hacer por el eminente artista, al que debia el único momento de felicidad que habia disfrutado desde que me separé de tí.

Entramos en el comedor, y coloqué á mi izquierda á Talma, á mi derecha á Barrás, el que conociendo á los demás convidados, les habia colocado de modo que cada cual estuviera satisfecho.

De modo que era imposible ver una reunion más animada, en la que brillaba el ingenio y la agudeza francesa.

Además, en esa hora de la noche todos se olvidan de los cuidados cotidianos, y el corazon se enchancha, la imaginacion está más despejada y se entrega á la alegría mejor que durante el dia.

Debo afirmar, que no atendia á las palabras que se cruzaban, ni á la chispeante conversacion. Me habia encerrado en mí misma, y como el pájaro cantor, modulaba la sinfonia de la vanidad satisfecha.

Entonces me fijé en que llamaban la atencion las galanterías de Barrás para conmigo.

Tambien Barrás lo comprendió así, y temiendo me ofendiera aquella indiscrecion que provenia de él, dijo contestando á los elogios que nos dirigian sobre el lujo con que estaba servida la mesa:

—Señores, preciso será daros á conocer la historia extraordinaria de la persona que nos ha proporcionado esta noche tantos gozes artísticos, y que para completarlos nos ofrece una cena espléndida.

Yo ignoraba que estuviera al corriente de los acontecimientos de mi vida. Teresa se los habia referido.

Orador elocuente en la tribuna, era Barrás encantador en la conversacion de sociedad. Nadie podia narrar con más gracia y delicadeza que él.

Estaba ligeramente ofendida por la intimidad en que nos creian; así es que me lisonjeó y me tranquilizó aquella justificacion que salia de boca de Barrás.

Veinte veces oculté mi cabeza entre las manos para cubrir ó mi rubor, ó mis lágrimas.

Ignoraban la participacion que habia tenido en el 9 Termidor.

Al referir Barrás que la desesperacion me habia hecho subir á la carreta de la guillotina, estuvo sublime y terrible.

Cuando contó mi primera entrevista con Teresa y Josefina en los Carmelitas, apareció dulce; y encantador y dramático al presentarme cumpliendo la mision que Teresa me habia confiado y al entregar á Tallien el puñal.

Teresa, como si deseara hacerme perder la razon por completo, apoyaba á Barrás refiriendo pormenores que pueden llevar al colmo las simpatías.

¡Oh, mi Jacobo! figúrate aquella reunion de artistas, de poetas, de novelistas, de historiadores, delante de los que daban publicidad á la historia de mi vida, y comprenderás lo que pasaria por mí durante esta narracion, la que terminó Barrás enumerando los bienes de mi familia, y exagerando, más bien que disminuyendo, su importancia para explicar el lujo de mi casa.

Despues le tocó el turno á mi talento musical, á la extraña disposicion que tenia para improvisar y á la maravillosa agilidad de de mis dedos, de los que brotaban armonías ignoradas y desconocidas.

Estaba temblorosa; tomó mi mano, la beso, y me dijo:

—¡Oh! mi jóven y hermosa amiga; si cada vez que os elogian os desmayais, os sucederá con frecuencia, porque nadie podrá conoceros sin adoraros.

Toda la fuerza que habia reunido para levantarme de la mesa y escapar á todos los elogios se debilitó, y un suspiro y una lágrima fué el resultado, dejándome caer sobre mi silla con mi mano entre las suyas.

¡Oh, no, jamás se debe abandonar una mano en la de un hombre que nos ame, aunque no le amemos; existe en la influencia masculina un vigor magnético que abate nuestra resistencia!

Al cabo de diez minutos que estrechaba Barrás mi mano, ya no veia. La cena se habia concluido: me condujo al salon, me hizo sentar delante del piano y lo abrió.

Ya se sabe qué exaltacion magnética se apodera de mí al ponerme en contacto con ese instrumento.

La primera vibracion de las teclas hizo correr por mis venas un estremecimiento febril.

La escena de Romeo bajando por el balcon despues de haber pasado la primera noche de amor con Julieta, se presentó á mi imaginacion, y sobre esto emprendí la improvisacion de una sinfonía, que expresara emociones desconocidas para mí, puesto que nunca habia pasado una noche como la de los dos amantes.

No sé lo que tocaba: me seria imposible recordar ni una nota de aquella improvisacion, y como Vulcano mezcló con el rayo los truenos, los relámpagos y la lluvia, así yo mezclé el placer, la felicidad y las lágrimas.

Me han hablado tanto despues de esta improvisacion, que no dudo tuviera mucho de extraordinaria.

Como siempre, caí moribunda.

Pero Teresa y Barrás, que habian visto ya varias veces reproducirse en mí aquella situacion, aseguraron que era preciso dejarme entregada á mí misma y á los cuidados de mi doncella, y que al día siguiente amaneceria más fresca y más bella.

Entonces escuché el ruido que hacian las señoras al ponerse sus abrigos y al besarme en la frente.

Se despidieron mutuamente unos de otros: Barrás me estrechó la mano al despedirse, y creo que yo se la estreché tambien.

Oí alejarse los carruajes, y despues la voz de mi doncella, que me preguntaba si queria acostarme.

Me apoyé vacilante en su brazo, y me encaminé á mi cuarto.

Las flores habian desaparecido, pero no el perfume; era una mezcla de aromas excitantes: la rosa, el jazmin y la madreelva: mi doncella me desnudó y me subió á la cama.

Hasta mi lecho estaba impregnado de aromas excitantes y embriagadores.

Continué soñando, aunque medio despierta, y mis ojos se fijaron en la ventana en donde Julieta esperaba á Romeo.

De repente se abrió impulsada por la mano de un hombre, en el que reconocí á Barrás.

Extendí la mano hácia el cordon de la campanilla; quise gritar,

pero otra mano detuvo la mia, y dos ardientes lábios ahogaron el grito en los mios.

Caí en mi lecho inerte y desesperada, y yo, que decia todas las mañanas: «¡Dios mio, haced que le vuelva á ver pronto,» exclamé al dia siguiente entre lágrimas y sollozos: «¡Oh, Dios mio! Haced que no le vuelva á ver jamás.»

.....

FIN DEL MANUSCRITO.

XXXVII.

El regreso de Eva.

Ya hemos visto que este regreso se habia efectuado en una noche lluviosa y fria. La anciana Marta habia reconocido á Eva en la voz, y despues de abrir la puerta se arrojaron ambas en brazos una de otra.

Si hubiera sido de dia; si el tiempo hubiera estado sereno, despues de aquel beso y abrazo se hubiese lanzado Eva en el jardin para recorrer en realidad lo que hacia tres años recorria solo en su memoria.

El árbol de la ciencia, el arroyuelo, la gruta de las meditaciones y el pabellon de los tilos.

Pero esta visita era imposible en una noche sombría, lluviosa y fria.

Subió á su cuartito y le encontró tan puro y virginal como si le hubiera dejado el dia anterior y como si se la esperara de hora en hora. Allí fué preciso contestar á las preguntas que se agolpaban á los lábios de Marta: la anciana tenia tambien una pasion; amaba á Jacobo Merey, no del mismo modo que Eva, pero profunda y apasionadamente.

Pronto pudo notar la anciana que Eva necesitaba descansar, porque estaba extenuada de cansancio y de insomnio.

Quiso desnudarla y subirla como en otro tiempo á la cama; Eva se lo permitió feliz al volver á tomar sus antiguas costumbres, solo que indicó á Marta que al salir la dejara una bujía encendida.

Necesitaba Eva recorrer con la vista todos aquellos objetos que